

LAS OBRAS DEL MALECON

Por RENATO VILLAVERDE

(De la Redacción
de INFORMACION)

Los automovilistas habaneros tienen que estar agradecidos al ministro de Obras Públicas. No sólo el ingeniero Manuel Febles, con entusiasmo digno de aplauso, se ha dedicado a la tarea de hacer del Malecón, así como del primer tramo, hasta ahora, de la calle 23 y de otras



importantes vías de comunicación, verdaderas avenidas con asfalto nuevo, ayunas de baches y desniveles, sino que su sentido de las necesidades del tránsito motorizado lo ha llevado a regularlo en los citados lugares en forma que puede calificarse de espléndida.

Todos estos graves problemas, latentes desde hace mucho tiempo, habían sido abandonados de la mano de Dios, es decir, de la mano de los anteriores ministros de Obras Públicas. El Malecón, por sus innumerables baches y por los desniveles que lo convertían en una especie de montaña rusa, era simplemente un bochorno ciudadano. Si a ello se unía la anarquía que reinaba a todo su largo, así como en el Parque de Maceo, en materia de regulación del tránsito, esta porción de La Habana era un peligroso y complicado laberinto, donde además de arriesgarse la vida se perdía matemáticamente la paciencia.

Hoy —y hablamos como automovilistas— da gusto transitar por Malecón y por el Parque Maceo. El pavimento, pulido y brillante, produce la sensación de que el auto se desliza sobre seda; los semáforos, en sus principales encrucijadas, dirigen el tránsito sabiamente; las rayas blancas y las albas "mucuritas" que fungen de columna vertebral del amplio paseo, sirven para regular las distintas velocidades de los autos y evitar los frecuentes choques de antaño; los carteles, con sus flechas anunciadoras, así como las demás flechas grabadas en el asfalto, especialmente en el Parque Maceo, suprimen del espíritu del "driver" la torturante duda del camino correcto a tomar según la dirección a donde vaya.

Esta porción de La Habana, que es su más aristocrática y congestionada vía de comunicación, no sólo ha cobrado merecidos aires de gran capital, sino que rinde al máximo la obligación de canalizar ordenadamente el constante abejero automovilístico. Muy pronto, según todos los síntomas indican, estará terminada, y entonces podremos gozar a plenitud de un Malecón, elegante y técnico, que resultará francamente delicioso para todos.

Llama la atención que estos trabajos que el ingeniero Febles está terminando de realizar, no se hubieran ejecutado hasta ahora, especialmente cuando el aumento del tránsito motorizado, desde hace tiempo, constituye una pesadilla general. Las obras, desde luego, aunque imprescindibles, tenían la dificultad de tener que complicar más aún el tránsito de vehículos mientras se llevaban a cabo. Además, por la forma en que se están realizando, o sea, renovando plenamente los viejos cimientos del Malecón, corrían el riesgo de ser más largas que la paciencia ciudadana. Febles, sin embargo, no tomó en consideración esos inconvenientes y se lanzó a la tarea. Y bueno es declarar —y al hacerlo cabe también un merecido "coup de chapeau" a la Policía— que el tránsito regular, aunque desviado parcialmente a causa de los trabajos, ha sido regulado, dentro de lo posible, con el máximo de eficiencia.

El buen éxito de estas obras, tan necesarias como tan aplaudidas, debe de animar al ministro de Obras Públicas para terminar de hacer de La Habana, en esta materia de amplias vías de comunicación, la gran capital que está pidiendo a gritos. Continuar el Malecón desde "G" hasta el río Almendares, significaría lograr una avenida frente al mar que sería envidiada por otras grandes capitales del mundo. Tender otro puente sobre el Almendares para facilitar la comunicación de La Habana con los Repartos, es empresa también necesaria y urgente. Y si fuera posible suprimir los tranvías de la calle 23 (¡para qué sirven, Dios mío, los destartalados tranvías!) haciendo de esta avenida una vía verdaderamente rápida, la obra quedaría prácticamente perfecta y de máximo ren-

2

dimiento en cuanto a utilidad y belleza se refiere.

El ingeniero Manuel Febles está demostrando ser un hombre de iniciativas que ama y comprende estas cosas. Está, además, identificado con el Presidente de la República, cuyos planes de obras públicas asimila y desarrolla con rapidez y eficiencia. El doctor Carlos Prío, por otra parte, siente en su espíritu la divina pasión de las bellezas urbanísticas. Líguense bien todos estos factores, pónganse en la cotelera de las esperanzas, agítense sabiamente y el resultado será, dentro de muy poco, una Habana residencial sin graves problemas de tránsito, hermosa como pocas ciudades, plenamente articulada para volcarse en Marianao y digna de nuestros criollos orgullosos ciudadanos.

Inf, en 15/50.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA